VARIEDADES

I

LOS SEPULCROS REALES DEL MONASTERIO DE POBLET

Excmo. Señor:

La revolución, que nada perdona, que nada respeta, que todo lo destruye, ha llevado en nuestros días su endurecida mano hasta las cosas más sagradas. Siguiendo su instinto destructor ha derribado sin piedad los más célebres monasterios, donde nuestros antepasados, movidos por su religioso espíritu, hacinaron inmensas riquezas para que brillase con todo su esplendor el culto de nuestra santa religión. Nada fueron para ella aquellas augustas bóvedas donde por tantos siglos habían resonado los cantos que las vírgenes y sacerdotes dirigían al Criador, nada el sitio que tantos hombres insignes habían escogido para su eterno descanso. Su mente estúpida no pudo concebir la sublimidad de aquellos cantos ni el valor de aquellas tumbas, y arrollándolo todo en sus ebrios arrebatos, alteró el sueño de los héroes y demolió piedra á piedra los pacíficos asilos en que, al par que la piedad, brillaban las letras. Epoca fatal para las artes, época aciaga para la historia ha sido la que hace poco hemos atravesado: en ella han perdido aquéllas sus mejores monumentos; en ella han perecido á millares los sólidos fundamentos de la segunda. Amante decidido de las artes, entusiasta por cuanto contribuye al esplendor de la historia, he apurado hasta las heces la copa del dolor al contemplar tanta devastación, y si bien no ha estado en mis mdios salvar de las voraces llamas tantos pre-

ciosos archivos, ni detener las profanas manos que abrían los silenciosos sepulcros de nuestros mayores, he creído de mi deber, como individuo de la ilustre Corporación que V. E. tan dignamente dirige (1), adquirir cuantas noticias sean dables para que, no siéndonos posible recobrar lo que el fuego destruyó, sepamos al menos lo que hemos perdido.

Guiado por esta convicción me he procurado noticias de varios monasterios que no son ya mas que un montón de ruinas, y espero con ellos arrancar del seno del olvido el sitio donde descansaron tantos varones insignes que conquistaron al precio de su sangre los laureles de que se corona nuestra Patria.

¿Adónde dirigir mi primera mirada? Un santuario existía que descollaba entre los demás como la encina sobre los arbustos; que encerraba en su seno riquezas imponderables ofrecidas á su vez por Reyes y magnates; que guardaba dentro de su recinto las más brillantes páginas de la historia del reino de Aragón, tan poco apreciada por ser casi enteramente desconocida. Estas razones me han movido á que, antes que otro, dirigiera hacia él mis angustiados ojos: este monasterio era el de Poblet.

No es mi ánimo describir sus bellezas artísticas, ni enumerar las muchas preciosidades que contenía dentro de sus murallas. Este empeño, sobre exceder á mis fuerzas, no es, rigurosamente hablando, propio del instituto de la Academia á que me dirijo, y á la cual me honro de pertenecer. Voy únicamente á ocuparme de lo que tenía relación con la historia de los personajes que yacían en él, creyendo que en tan augusto sitio no penetrarían las tumultuosas oleadas de los tiempos que, como hemos visto con horror, no sólo le han invadido, si que también destrozado.

El monasterio de Poblet estaba situado en el valle llamado *Conca de Barberá*, á corta distancia de Espluga de Francolí, en el Arzobispado de Tarragona. Fué su fundador el Conde de Bar-

(1) D. Luis López Ballesteros, Director XVI de la Academia continuadamente desde 30 de Noviembre de 1849 hasta 13 de Octubre de 1853 en que murió.

celona Don Berenguer IV *el Santo*, y tomó su nombre del de un célebre ermitaño, que habiéndose retirado á aquellos valles cuando eran todavía dominados por los moros, obtuvo de su jefe Almira Almomiziz (después de haberse varias veces salvado milagrosamente de la prisión á que éste le había reducido), que le fuesen concedidos para su habitación todos aquellos montes, prohibiendo al mismo tiempo á los moros de aquellos alrededores que se le molestase. Esto aconteció por el año 1120. Posteriormente admitió Poblet en su compañía á algunos otros que como él querían pasar su vida alabando al Criador, y entregándose á la vida más austera. Así pasaron algunos años, hasta que en 1148, conquistado que fué aquel territorio por el Conde Don Berenguer, mandó que se construyesen tres iglesias en otros tantos sitios muy cercanos unos de otros, donde, según relación de los ermitaños, aparecieron algunos sábados unas luces milagrosas.

No contento el Conde con la creación de estas iglesias, y deseando fundar en sus estados un monasterio de la Orden del Císter, á la cual tenía particular predilección, pidió y obtuvo de Don Sancho, Abad del monasterio de Fuen Tría, en la diócesis de Narbona, que pasasen algunos monjes á residir en el que iba á fundar en el huerto de Poblet. No se sabe á punto fijo cuándo llegaron los monjes de Fuen Tría, pero es cierto que el día 6 de Mayo de 1151 residían ya en el monasterio, pues así resulta de una escritura otorgada por la casa de Cardona en que se concedía semanalmente una medida de sal á cada uno de ellos.

Para atender á su subsistencia había ya Don Berenguer hecho donación de todo el territorio de Poblet al antedicho Abad el día 8 de Enero de 1149, ejemplo de generosidad que fué imitado por los Reyes de Aragón, sus sucesores, y por las principales casas de Cataluña: de suerte que con el tiempo llegó este monasterio á ser señor alodial directo y jurisdiccional de siete baronías que comprendían treinta y siete lugares poblados y diez y seis términos yermos situados en Cataluña, Aragón y Valencia, además del derecho de patronato sobre varios pueblos de las mismas provincias y del cargo de limosnero mayor de los

Reyes de Aragón que gozaba su Abad, al que concedía la Santa Sede el uso de todas las insignias pontificales y la facultad de ordenar de menores á los monjes que le estaban subordinados.

Nunca descuidó el célebre Conde de Barcelona y Príncipe y dominador de Aragón Don Berenguer IV la protección del monasterio de Poblet, que con tal empeño había erigido; pero no atreviéndose sin duda á separarse de la costumbre de los Condes soberanos sus mayores, mandó que, como éstos, fuese enterrado en el monasterio de Ripoll, encargando á su hijo Don Alfonso que dispensase al de Poblet la misma protección con que él le había favorecido.

Este fué el último soberano de Barcelona que hubo de sepultarse en Ripoll. Sus descendientes los Reyes de Aragón, abandonando su habitual sepultura de San Juan de la Peña, mandaron con raras excepciones que sus cuerpos fuesen trasladados á Poblet.

Don Ramón ó Alfonso I de Barcelona y II de Aragón fué el que estableció esta costumbre, mandando que se le enterrase en el monasterio de Poblet, al que legó también su corona y la dominicatura de Vinarós, haciendo, entre otros, un legado al de Santa María de Ripoll *in recuperatione sepulture mee*. Este monarca, que sucedió á su padre Don Berenguer en 1162 en el condado de Barcelona y en 1164 en el reino de Aragón por renuncia de su madre Doña Petronila, expulsó á los moros de todo su territorio, sujetó á los de las montañas de Prades, que siendo ya vasallos suyos se le habían sublevado, é hizo respetar su nombre en la Provenza, Bearne y Rosellón, donde fué necesaria su presencia. En 18 de Enero de 1174 se casó con Doña Sancha, hija del Emperador y Rey de Castilla y León Alfonso VII, la que le dió tres hijos y cuatro hijas, de los cuales el primogénito le sucedió en Aragón, Cataluña, Rosellón y demás Estados, menos en los condados de Provenza, Amiliá, Gavaldá y Roda, que los legó a Don Alfonso, su segundogénito, destinando al menor, llamado Don Fernando, para monje de Poblet. En atención á su proverbial continencia, la historia le ha decorado con el título de *Casto*.

Frente al sepulcro de Don Alfonso (que se hallaba inmediato al presbiterio, al lado de la epístola) estaba el de Don JAIME I *el Conquistador*, hijo de Don Pedro I el Católico y de Doña María de Montpeller. Al tiempo de la muerte de su padre se encontraba este Príncipe en poder del Conde de Montfort, el cual tenía tanto empeño en conservarle, que para que le libertase fué preciso un mandato del Papa, y que sus fieles catalanes y aragoneses hiciesen entender al de Montfort que estaban decididos á todo para rescatar al Infante. Restituído este á sus súbditos, pasó á Lérida, donde fué aclamado Rey, y de esta ciudad al castillo de Monzón, en el cual fué educado por D. Guillermo de Monrodón, maestre de los caballeros Templarios. Los primeros años de su reinado fueron turbulentos, como todos los de minorías, habiéndose en ellos desatado de tal modo la ambición de los grandes, que hasta la persona del Rey estuvo en inminente peligro, y el reino reducido al estado más lastimoso. Llegado ya á la edad de la pubertad, reprimió Don Jaime la hidra de la rebelión, y dirigiendo después su vista á las fronteras de sus Estados, concibió la idea de ensancharlas, abatiendo de esta suerte el poder de la media luna, pujante todavía en nuestro suelo.

Las quejas de los catalanes, que como muy inmediatos eran cotidianamente molestados por los moros de las Baleares, llamaron principalmente su atención hacia tan bellas islas, cuya conquista fuè resuelta en las Cortes celebradas en Barcelona á fines del año 1228. Verificados todos los preparativos necesarios, hízose á la vela una escuadra compuesta de 25 naves gruesas, más de 100 de transporte y muchas menores, las que juntamente con el Rey conducían al Obispo de Barcelona, los principales caballeros catalanes y quince mil infantes, con mil quinientos caballos, los cuales, después de un penosísimo viaje, desembarcaron en la isla de Mallorca el primer viernes de Septiembre de 1229. Al adelantar (el día siguiente) el ejército cristiano, encontró frente á frente un cuerpo de moros, sumamente respetable y trabóse entre ambos una encarnizada lucha, en la que si bien quedó el campo por Don Jaime, merced á sus infinitos rasgos de valor, murieron muchos caballeros catalanes, en cuyo

número se contaban *D.* Guillermo y *D.* Ramón de Moncada. Al siguiente día de esta lucha se sitió la ciudad de Palma, y, á pesar de la obstinada resistencia de sus defensores, fué tomada por asalto el día 31 de Diciembre del mismo año, siendo Don Jaime uno de los primeros que penetraron por la brecha.

Poco tiempo después fueron sujetados los moros que se habían sublevado y reducida Menorca á la obediencia del Monarca aragonés. Las islas de Formentera é Ibiza lo fueron en 1235 por D. Guillermo de Mongri, Arzobispo electo de Tarragona, junto con el Infante Don Pedro de Portugal y los Condes de Urgel y Rosellón.

Concluídas todas estas conquistas, que por sí solas harían su nombre inmortal, trató de quitar á los enemigos de la fe el reino de Valencia que tanto habían embellecido. Para su resolución convocó las Cortes y, obtenido que hubo su beneplácito, resolvió llevar con presteza sus planes adelante. En poco tiempo cayeron varios pueblos en su poder, y á pesar de la decisión de los sitiados, en 9 de Octubre de 1238 lo verificó su capital, ante cuyos muros fué Don Jaime herido de una saeta.

En 1269, movido por el Papa Inocencio IV para que contribuyese á la conquista de la Tierra Santa, se hizo á la vela en Barcelona, donde reunió una magnífica escuadra; pero habiéndose levantado un fuerte temporal, fué ésta dispersada y conducido el Rey á las costas del Languedoc, desde cuyo punto se restituyó á su reino. Volviendo en él los ojos á Dios y cansado ya del bullicio del mundo y sinsabores del gobierno y domésticos, que le molestaron largo tiempo, abdicó la corona en favor de su hijo Don Pedro, y después de haber tomado el hábito y profesado como monje de Poblet, falleció el día 27 de Julio del 1276, cuando se retiraba al monasterio.

Don Jaime I casó en 1221 con Doña Leonor, hija de Alfonso IX de Castilla, y de ella tuvo un hijo que se llamó Don Alonso, y murió en 1260; mas habiendo este matrimonio sido efectuado sin la correspondiente dispensa del parentesco que mediaba entre los contrayentes, Don Jaime pidió y obtuvo del Sumo

Pontífice que fuese anulado, aunque declarando legítimo al único hijo que de él había nacido.

Algunos años después de su separación con Doña Leonor contrajo segundas nupcias con Doña Violante, hija de Andrés II, rey de Hungría, la cual dió á luz cuatro hijos y cinco hijas, de los que el primogénito, Don Pedro, le sucedió en el reino de Aragón y condado de Barcelona, y el segundo, llamado Don Jaime, en el reino de Mallorca, condados de Rosellón y Cerdeña, señorío de Montpeller y algunos estados de Cataluña (1).

La gloria imperecedera que circunda el nombre de Don Jaime no es debida únicamente á sus asombrosos hechos de armas, sino también á la extensión que dió á sus relaciones diplomáticas, que aumentó prodigiosamente, y al exquisito esmero que siempre puso en hacer la felicidad de sus vasallos. Uno de los hechos que más prueban este constante desvelo fué la institución del primer Cuerpo municipal ó del célebre *Consejo de Ciento* que en 1274 otorgó á su querida ciudad de Barcelona. Seáme lícito, á fuer de hijo de esta noble ciudad, ofrecer un tributo de agradecimiento al Rey ilustre que, á pesar del espíritu aristocrático de aquellos tiempos, tuvo el suficiente acierto para fundar una corporación en que tenían entrada todos los hombres de *probidad*, fiado en que era esta bastante garantía para que nunca degenerase tan noble institución. No se engañó: la historia acredita cuán sabias fueron las decisiones del Consejo y cuán imparcial y terrible su justicia, circunstancias que, elevándole al más alto grado de esplendor, hicieron que la dignidad de *Conseller*

---

(1) En un *Cronicón* de fines del siglo XIII ó principios del XIV, se lee lo siguiente: «*De la bondat del Rey en Jacme.*—Devets saber que aquest Rey en Jacme era lo pus bell hom del mon, e era maior que altre hom un gran palm, e era ben format e cumplit de tots sos membres. Thania gran cara e vermella, e frescha: el nas lonch é be dret e gran bocha e fresca e belles dents é blanches é blanhs, e beylls hulls negres, e belles seylles e grans spatles, el lonch cos e delgat, els brassos grossos e ben feyts, e belles mans e lonchs dits, e era molt ardit, e prous de ses armes, e larch de donar, e agradable a tota gent, e molt misericordiós, e era tot son cor e sa voluntat de garreiar tots temps ab sarrahins».

fuese reputada como una de las primeras del Estado y se viese á los grandes señores renunciar á sus fueros y dignidades para ser admitidos entre aquellos ilustres *menestrales* (1).

Inmediato á Don Jaime estaba sepultado Don Pedro III de Barcelona y IV de Aragón, que empezó su reinado persiguiendo á su madrastra Doña Leonor y á sus hermanos, hijos de ésta y de su padre Don Alfonso III *el Benigno*. Su genio violento é inconsiderado, que tantos sinsabores le produjo, se dió ya á conocer en la época de su coronación, pues sin hacer el menor caso de la costumbre que establecía que antes de verificarse ésta pasasen los Reyes á jurar los privilegios de los catalanes, se coronó al momento en Zaragoza, sin atender las vivas reclamaciones de los diputados del Principado que, llenos de ira, abandonaron aquellos sitios y regresaron á sus casas.

---

(1) Su epitafio decía así:

Anno Domini M. CC. LXXVI
Vigilia B. Mariae Magdalenae
Illustrissimus ac virtuosissimus
Jacobus, Rex Aragonum, Majoricarum, Valentiae, comesque Barcinonae
et Vrgelli, et Dominus Montispesulani,
accepit habitum Ordinis Cisterciensis,
in Villa Algecirae, et obiit Valentiae
VI Kal. augusti. Hic contra
sarracenos semper praevaluit,
et abstulit eis Regna Majoricarum,
Valentiae, et Murciae, et regnavit
LXII annis, X mensibus, et XXV
diebus: et translatus est de civitate
Valentiae ad Monasterium Populeti,
ubi sepultus fuit praesentibus Rege
Petro filio suo, ejus uxore Constantiae
Regina Aragonum, et Violante
Regina Castellae filia Domini
Regis Jacobi praedicti et Archiecopo
Terraconae, et multis Episcopis, et
Abbatibus, ac Nobilibus viris.
Hic aedificavit Monasterium Bonifazani
et fecit multa bona dicto Monasterio Populeti.
Ejus anima requiescat in pace.
Amen.

Los aragoneses, que cuando esto aconteció aplaudían el carácter de Don Pedro, sin considerar que si con esta conculcación de costumbre halagaba su amor propio, no se verían ellos libres de semejantes desafueros, tuvieron muy pronto motivos fundados de queja, pues tampoco fueron respetados sus fueros, como no lo había sido la costumbre de los Reyes anteriores. La tenacidad de Don Pedro en querer gobernar á su antojo disgustó altamente á los magnates, que viéndose postergados y alguna vez escarnecidos, formaron una liga á cuyo frente colocaron al Infante Don Fernando y resolvieron no someterse al Monarca hasta que fuesen asegurados sus fueros bajo mejor fianza que la palabra real, y que la ley sálica estuviese declarada como fundamental en la Monarquía. Inútil es describir las escandalosas escenas que con este motivo tuvieron lugar: baste decir que después de haber sido insultado y puesto en peligro el trono por los partidarios de la *Unión*, que levantaron grandes ejércitos, primero en Aragón y después en Valencia, fué aquélla aniquilada por Don Pedro, valiéndose para ello, ya de dádivas, ya de la fuerza.

Concluídos los cuidados que la odiada *Unión* le acarreara, dirigió Don Pedro su vista hacia Castilla, con cuyo Rey estuvo algún tiempo en guerra; pero viendo sin duda el poco ó ningún fruto que de ella sacaba, resolvió sacrificar otra víctima, que, como débil que era, no podría resistir á su ambiciosa pujanza. Esta víctima fué Don Jaime de Mallorca. La corona de este pequeño, pero hermoso reino, tan cercano á sus dominios, era para Don Pedro una continua tentación, y no sabiendo contenerla, mandó formar una causa contra Don Jaime, en la que después de acusarle de varios delitos, cuya existencia nadie pudo hacer constar, le declaró rebelde y contumaz por no haberse presentado á defenderse, y envió tropas á apoderarse de sus Estados: lo cual le costó poco trabajo, á pesar de la protección que el Papa dispensara al de Mallorca. Desde entonces este reino quedó para siempre unido al de Aragón.

El decidido empeño de Don Pedro en conservar la Sicilia, rebelada continuamente á instigaciones de las repúblicas de Vene-

cia y Pisa, y el deseo de apoderarse de Atenas y Patras, donde tenía algún partido, le costaron grandes esfuerzos, que prueban al mismo tiempo su ánimo valeroso y la riqueza y sufrimiento de sus pueblos. Por fin, después de un reinado de cincuenta y dos años, mezcla singular de guerras, transacciones, heroicidades y perfidias, murió Don Pedro en su palacio de Barcelona, en 1387, á la edad de sesenta y siete años. Su carácter violento le arrastró á crueldades que supo perfectamente disfrazar, algunas veces, con su genio sagaz y político. Fué astrólogo y alquimista, muy dado á las letras y trovador muy aventajado (1). Es conocido generalmente por el dictado de *Ceremonioso* por haber escrito el ceremonial de la coronación de los reyes de Aragón y las ordenanzas de la Real Casa; pero en Cataluña se le llama vulgarmente el del *punyalet*, por llevar siempre consigo esta arma, con la que desgarró los principiosde la *Unión*.

Barcelona recordará siempre la memoria de este Monarca,

---

(1) Como muestra de sus producciones copiamos la siguiente:

«Vetlan el lit suy nom penser casat
De dar consell als caballers quis fan,
De quis faran caballers deravan,
Et en qual loch los será pus legut.
E dich primer que la caballeria
Rebre deu hom de son senyor si y es,
O de valent caballer enapres,
O de qui cap de son linatge sia
Lo loch me par que sia pus degut
Nobla ciutat ó Vila grosse gran,
Ols enamichs valentmen garreian
Tenent el puny lança el bras escut,
Ou espleya en gran devota sia.
E sin faxí, no será ja repres
Per caballers ne per null hom entes
Quin noble fayts met se pensa tot dia.
Damor no chant axi, com far solia,
Car me vey trop en anys avant empet
Duptant quen fos en mal per alguns pres
Perque meu call, que pus non chantaria.

Dominus Rex mandavit mihi
GUILLERMO OLIVERII.»

pues, en medio de algunas cualidades poco recomendables, tuvo un incesante afán de embellecerla y fortificarla. Deseando ponerla al nivel de las principales ciudades de Europa, mandó construir nuevos arsenales, armerías, templos, fuentes, archivos y las casas de la Ciudad, de la Diputación y la Lonja. Publicó muchas leyes, pragmáticas y ordenaciones para el debido arreglo del gobierno, siendo muy célebre la promulgada en las Cortes de Perpiñán el 15 de Diciembre de 1350, para que, en adelante, se contase por la Era de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo (1).

Enfrente de Don Pedro yacía DON JUAN I *el Cazador*, su hijo primogénito, el cual, viviendo su padre, casó por primera vez con Doña Juana de Valois, hija del Rey de Francia, la que ni siquiera pudo reunirse con su esposo, pues la asaltó la muerte en Beziers al ir á verificarlo. Dos años después quiso Don Pedro poner fin á la viudez de Don Juan, disponiendo que contrajese segundas nupcias con Doña Matea, Matha ó Martha de Armenyach, lo cual tuvo efecto en 1372, celebrándose los desposorios en el castillo de Lautrec, donde D. Lupo de Gorrea representó á D. Juan, Duque entonces de Gerona. También fué éste desgra-

---

(1) El epitafio de Don Pedro decía:

Quartus Aragoniae Petrus,
á pugione vocatus, invictus animo,
hic jacet inanimis LXVII aetatis
expletis annis, dum Regni sui compleret
LI obiit Barcinone anno Domini
M.CCC.LXXXVII nonis Januarii:
ejus corpus ibi Eclesiae catedrali commendatum
mansit VII annis et IV mensibus, sine
desiderato sepulchro, quod ipse sibi et
aliis Regibus in hoc Monasterio Populeti
Construxerat. Ad ipsum autem fuit
postea translatum anno M.CCCXCIV
idibus maii, qua die presente Illustrissimo
Joanne, filio suo Rege, Aragonum, cum
praeclaris vivis, et Prolatis plurimis,
Solemniter fuit humatum.
Anima ejus requiescat in pace.
Amen.

ciado en su segundo matrimonio, pues á los seis años de concertado murió su esposa en Zaragoza, dejando en la familia Real y en el amor de los que debían ser sus pueblos un vacío difícil de llenar.

Muerta Doña Matea, estalló en la regia familia una larga serie de rencillas, celos y odios entre Doña Sibilia de Forcía, esposa del Rey, y sus entenados los hijos de Doña Leonor de Sicilia, que dió últimamente pábulo á muchos escándalos de que raras veces ha habido ejemplo. Rota con este motivo la valla del respeto, casóse Don Juan, á disgusto de su padre, con Doña Violante, sobrina de Carlos *el Sabio*, Rey de Francia, enlace que irritó tanto al Monarca aragonés, que privó á Don Juan (si bien que á ruegos de Doña Sibilia) de la administración de los negocios que como primogénito le correspondía (1). Dudoso éste acerca del partido que en tales circunstancias debía adoptar, se puso al fin en manos del Justicia mayor de Aragón, que era entonces Domingo Cerdán, el cual le amparó de tal manera que nada pudo ya contra él la rencorosa ira de su padre, que le legó en el testamento su maldición, si no cumplía exactamente cuanto en él se disponía acerca de Doña Sibilia y de sus hijos.

---

(1) Para manifestar su disgusto envió á Don Juan una carta y los versos siguientes:

Mon car fill, per sent anthoni
Vos juram quest mal consellat,
Con laxats tal matrimoni
En quens dan un bon regnat,
E quen haiats altre fermat.
¡En inferu ab lo dimoni
Si cubren quins nanganat!
Qui ben crex son patrimoni
Es nest mon per tuyt presat.
Axi ho dix apolloni
Largament en un dictat,
On hoa ben declarat,
E li fa gran testimoni
Alaxandre en veritat
No volg esser mullerat.
¡Pel valent de sen celoni
Quen perdes tal heratat!

REX PETRUS.

Convencida ésta de las persecuciones que iba á sufrir se escapó de Barcelona algunos momentos antes de fallecer su marido, pero habiendo cundido al instante la voz de que había hechizado al difunto y á su entenado Don Juan, que se hallaba en aquel entonces enfermo en Gerona, fué perseguida por los nobles, prelados y conselleres al toque de somatén y traída á Barcelona, donde había también acudido Don Juan alarmado por tales noticias. Formósela al momento una como causa, y, en su virtud, fueron condenados á muerte muchos de sus partidarios, pena de que ella pudo librarse únicamente por intercesión del legado pontificio, y entregando todos sus castillos y posesiones, de los que Don Juan hizo merced á su esposa Doña Violante.

Terminados estos desastrosos sucesos gobernó Don Juan con benignidad, si bien con algún descuido, pues su decidida afición á los ejercicios de la caza, que le valió el sobrenombre de *Cazador*, le retrajo algún tanto del cuidado de los negocios. No obstante, sostuvo con dignidad el pabellón aragonés, cuando los franceses, al mando del Conde de Armenyach, entraron en Aragón y en los reinos de Cerdeña y Sicilia, que durante su dominación continuaron, como siempre, rebelándose. Murió el día 19 de Mayo de 1396, de resulas de una caída de caballo que sufrió estando corriendo una liebre en el bosque de Foixá, cerca de Torroella de Montgrí.

El reinado de Don Juan es célebre en la Historia por lo mucho que protegió la poesía, pues para saciar su afición á ella, fundó en Barcelona una Academia del *gay saber* en la que lucieron su ingenio los más famosos trovadores de su tiempo, elevando al más alto grado de esplendor el bello idioma lemosín.

En su sepulcro figuraban tres estatuas yacentes. La que le representaba y la de Doña Violante, su última esposa, ceñían corona real; la otra, que era la de Doña Matea, tenía rodeada su cabeza con una corona de flores y sostenía la regia con sus manos: pensamiento poético y delicado, dice Piferrer, que nos la representa pura y graciosa aun en el sepulcro, diciendo cuanto debió serlo en vida la que al brillo del oro prefirió en su frente las pálidas violetas.

Al lado de Don Pedro del *Punyalet*, y en el sepulcro destinado para Don Martín *el Humano* (1), yacía Don Fernando *el Honesto* ó *de Antequera*, Monarca de origen castellano, si bien hijo de Doña Leonor, que lo era de Don Pedro el Ceremonioso, y que nunca parecía había de ceñir la corona aragonesa á no haber sido por la singular sentencia del Parlamento de Caspe. Mucho se ha deseado conocer las razones que impulsaron á los jueces de este célebre tribunal para preferir á Don Fernando; pero nada se ha logrado mas que consignar la decidida protección que el Maestro Vicente Ferrer le dispensaba, y el interés que por el mismo demostraba el Papa Benedicto de Luna, que deseaba tener á su favor ambas Cortes, castellana y aragonesa.

Dejando á un lado los motivos de su nombramiento, no puede menos de confesarse que fué Príncipe valeroso, señalándose, particularmente, en las batallas que siendo aún Infante de Castilla ganó á los moros, y que dió pruebas de una virtud ejemplar, pues tuvo bastante desprendimiento para desechar la Corona del mismo reino que los grandes le ofrecían, siendo él regente y menor de edad su sobrino Don Juan II. Acostumbrado Don Fernando á las costumbres de Castilla no pudo fácilmente habituarse á las de Aragón, diversas de las que había

---

(1) En el sepulcro se leía:

Fortis et stremus Martinus
Aragoniae Rex.
Obiit anno Domini M.CCCCX.
Prid. Kal. Junii.
Cecedit in ipso virilis Comitum
Barcin. propagat. Regnavit annis XV
diebus XI, liberis ante ipsum de-
functis, et ipse LI aetatis expleto
anno, Regnum posteris per juris exa-
men sub lite decidendum reliquit.
Fuit primo in sede Barcinonensi se-
pultus: unde L anno Populetum
translatus anno M.CCCCLX. Inter
suos ibidem fuit tumulatus.
Anima ejus requiescat in pace,
Amen.

seguido desde niño, ni menos soportar las infinitas trabas que sus provincias oponían á su autoridad con el escudo de sus fueros (1).

En 1393, siendo aún Infante de Castilla, casó Don Fernando en Madrid con Doña Leonor de Alburquerque, llamada la *rica hembra*, de la que tuvo cinco hijos y dos hijas, de los cuales se ocupa bastante la Historia.

Alfonso V, su hijo, le sucedió el mismo día de su muerte, y aunque su elevación al trono no produjo mucho entusiasmo, las relevantes prendas que, desde luego, dió á conocer, hicieron de él uno de los reyes de Aragón más estimados. Poco tiempo después de ocupado el solio supo de un modo que no le permitía ningún género de duda, que se conspiraba contra él y que varios de sus principales nobles se habían afiliado en una conspiración para proclamar al Conde de Urgel. Alfonso, sin hacer caso de las noticias, pidió la lista de los conspiradores, y cuando ésta le fué entregada, la rompió sin leerla siquiera: ejemplo de magnanimidad que le valió muchas simpatías y que prueba generosidad poco usada.

Constituído ya en el mando y sosegados los bandos interiores, resolvió Don Alfonso someter de una vez los reinos de Córcega y Cerdeña, á cuyas islas se dirigió, y en las que obtuvo los más brillantes resultados. Mientras más engolfado estaba en su expedición, recibió emisarios de Doña Juana, reina de Nápoles, que le pidió ayuda contra su esposo el Conde de Lamarche y contra el Duque de Anjou, ofreciéndole, si tal hacía, adoptarle y nom-

---

(1) «...E lo Rey sen vench á Cathalunya en la vila de Muntblanch, per tenir corts als cathalans, en les quals corts foren prelats, barons, nobles e caballers, ciutats e villes del dit principat de Cathalunya, los quals demanaren alguns capitols al Rey en les dites Corts, los quals capitols lo Rey nols volc atorgar aus sobre los dits capitols lo Rey se lexá dir algunas paraulas en presencia de totes les Corts assats carragosas als regnes e principat, les quals paraules no vull açi recitar, pero al dit Rey fou respost per lo honorable mossen Ramón Desplá, sindic canseller en cap de la noble ciutat de Barçelona, axi com se pertanya á respondre segons les paraules ditas per lo Rey, tota faeltat guardada al dit senyor, e per aquestes paraules les Corts romperen, e lo Rey sen aná á Valencia...»

brarle su legítimo sucesor. Don Alfonso aceptó el trato, y así se estipuló en escritura pública. Trasladóse al instante á Nápoles, y cuando más solícito andaba en favor de Doña Juana, supo que ésta, voluble en sumo grado, urdía contra él las intrigas más infernales, llegando hasta el extremo de querer asesinarle. Libre por un milagro de semejante trama, resistió con valor inaudito los ejércitos franceses, genoveses, del Papa y del Duque de Milán, que juntos auxiliaban á Doña Juana. En esta campaña sufrió reveses de consideración, habiendo caído prisionero en uno de ellos; pero alcanzó también infinitas victorias, que acreditan su ánimo esforzado y que le valieron, al fin, la corona de Nápoles, que por su voluntad pasó, después de su muerte, á las sienes de su hijo ilegítimo Don Fernando. Murió en el castillo de Oro, en Nápoles, el día 27 de Junio de 1458; su cadáver fué depositado en el convento de San Pedro Mártir, de la misma ciudad, y trasladado á Poblet, según su mandato, el año 1671, por disposición de Don Pedro Antonio de Aragón, su sobrino en quinto grado (1).

A Don Alfonso, rey valiente entre los más valientes, generoso en extremo, amante de las letras, dotado de claro entendimiento y constante en sus adversidades, si bien demasiado ambicioso y no muy recto político, sucedió en la corona aragonesa su hermano Don Juan, que durante la permanencia de aquél en Nápoles gobernaba el reino como lugarteniente general, hom-

---

(1) *Alfonsus V Aragoniae et Neapolis Rex Serenissins, ob eximias bellicae virtutis dotes cognomento magnanimus, in subacta Neapoli decessit XXVIII (*) Junii, Anno MCDLVIII cujus corpus ad B. Petri Martyris aram Deponi, et in Regium Beatae Mariae de Poblet Avitum Sepulchrum asportari ex testamento mandavit. Regium imperium per CCX anno, intermissum D. Petrus Antonius de Aragon, Segorvidae, et Cardonae Dux Neapolis Prorex, ad Clementen X legatus, Catholicorum Regum Decretis insistens, Pontificioque impetrato diplomate, per Cassannm Episcopum tandem exolvit XXV. Augusti anno Domini D.DC.LXXI. Tanti Regis, ac Reginae Mariae Conjugis Ossa Apostolica dispensatione, quo splendiori ornarentur cultu idem pientissimus Dux novo lapide contengens parentavit.*

(*) Según los dietarios y principales autores murió al día 27.

bre de genio turbulento, de corazón poco humano, de poca instrucción y de torcida política, el cual, viviendo todavía Don Alfonso, casó (después de haber intentado varios matrimonios) con Doña Blanca, hija única y heredera de Carlos III el Noble, rey de Navarra. Dicen algunos historiadores que en sus capitulaciones matrimoniales se estipuló que, muerto Don Carlos, entrasen á reinar Doña Blanca y Don Juan, y que en caso de que ésta falleciese antes que su marido, reinase Don Juan durante su vida, y después sus descendientes. Otros afirman que, según las mismas, Don Juan sólo debía reinar, después de muerto Carlos *el Noble*, mientras viviese su esposa, muerta la que entraban inmediatamente sus descendientes. Nadie sabe á punto fijo lo que se pactó; pero indudablemente debió ser lo último, pues no puede creerse que Carlos *el Noble* y Doña Blanca postergasen sus hijos á Don Juan, mayormente si éste pasase á segundas nupcias, como lo hizo, ni se deduce otra cosa del testamento de Doña Blanca, que llamó inmediatamente al Príncipe de Viana, su hijo primogénito, si bien para ello le rogó que pidiese el beneplácito de su padre. Tres hijos tuvo Don Juan de su primera esposa: Don Carlos, á quien su abuelo dió al poco tiempo de su nacimiento el principado de Viana; Doña Blanca, que después casó con Enrique IV, rey de Castilla, y Doña Leonor, que lo hizo con el Conde de Fox. Descolló el primero por su gallardía, talento y prudencia, de modo que durante las ausencias de su padre gobernaba el reino de Navarra con tanto tino, que su gobierno era bendecido por todos los navarros. Pasado algún tiempo, Don Juan, que tenía muchas posesiones en Castilla y que, como todos los grandes de este reino, odiaba á Don Álvaro de Luna, que gobernaba á su antojo el débil ánimo de Don Juan II, resolvió para derribarle unirse estrechamente con Don Fadrique Enríquez, Almirante de Castilla, para lo cual le pidió la mano de su hija Doña Juana, con la que se desposó en 1441. Verificado el enlace, sin anuencia siquiera del Príncipe de Viana y de los estados del reyno, pasaron los recién casados á Navarra, donde Doña Juana, escudada con el título de gobernadora, que, en detrimento del Príncipe Don Carlos, le concedió

Don Juan, comenzó á mandar despóticamente y, como dice Quintana, á insultar á los pueblos con la ostentación de su poder.

Celosa del cariño que éstos profesaban al de Viana, dedicóse con incesante afán á vejar á los numerosos partidarios que éste tenía, y aun él mismo tuvo que sufrir infinitas humillaciones, á pesar de que su carácter sumiso y apacible evitaba las ocasiones que pudieran producir un rompimiento con su madrastra. Nada logró á pesar de sus deseos; aparecieron de nuevo dos bandos, titulado el uno agramontés y beamontés el otro, que ya se habían formado en tiempo de Doña Blanca, y poniéndose Don Carlos al frente del segundo, dió la señal de la guerra, que, encendiéndose en breve tiempo por el reino, causó una larga serie de calamidades que no cesaron hasta que, después de muerto Alfonso V, y muertas también las esperanzas que en su mediación había fundado el de Viana, se sometió éste sin condiciones á la voluntad de su padre.

Los únicos deseos de Don Carlos después de su sumisión eran que su padre le declarase primogénito y sucesor y que le fuese dada por esposa la Infanta Doña Isabel, hermana de Enrique IV de Castilla. Lo primero nunca lo concedió su padre; lo segundo halló en el mismo y en Doña Juana Enríquez una decidida oposición, pues la deseaban hacía mucho tiempo para su hijo Don Fernando, que, andando el tiempo, fué apellidado el *Católico*. En vano hizo, para vencer esta resistencia, las más vivas instancias; Doña Juana preveía que Doña Isabel llegaría á ser reina de Castilla, y como todo su empeño era una corona para Fernando, resistió tenazmente los esfuerzos de su entenado. Don Carlos, empero, no desistió; entabló secretamente tratos con Enrique IV, que no sólo consentía, sino que deseaba esta boda; pero habiendo sido descubiertos por Don Fadrique, padre de la Reina de Aragón, fueron inmediatamente comunicados á ésta y á su esposo, que, llamando á su hijo con precipitación á Lérida, donde celebraba Cortes, lo mandó poner preso y llevarle al castillo de Aytona. Vanos fueron los ruegos de las Cortes catalanas y aragonesas; vana también la voz general del reino, que

pedía la libertad de Don Carlos: el obcecado Monarca nada escuchó, y Don Carlos, llevado sucesivamente á Fraga, á la Aljafería de Zaragoza y al castillo de Morella, hubiera permanecido largo tiempo en su encierro si, desechada toda consideración, no se hubiese levantado Cataluña y el partido beamontés de Navarra y Don Enrique IV no hubiese traspasado la frontera amenazando invadir el territorio aragonés. En vista de tal sublevación, Doña Juana, autorizada por su marido, puso en libertad á Don Carlos y lo llevó á Cataluña, donde al poco tiempo falleció llorado por todos los buenos.

Terminados estos acontecimientos y apaciguadas las interiores discordias, quiso Don Juan recobrar el Rosellón, que durante la última guerra había empeñado á Luis XI de Francia, y estuvo tan afortunado en esta empresa, que después de haber éste intentado dos veces su recobro, se vió precisado á abandonar aquella provincia, que ni por medio de las armas ni por simpatías pudo hacer suya.

Por fin, después de cincuenta y cuatro años de reinado en Navarra y veintidós en Aragón, murió Don Juan en Barcelona, el 19 de Enero de 1479, poco llorado por sus vasallos, que todavía recordaban la muerte del Príncipe de Viana y de su hermana Doña Blanca, sacrificada también por su obcecado padre.

Don Juan II fué el último rey que mandó se le enterrase en Poblet y el último á quien se construyó un sepulcro como correspondía á su alta dignidad.

Cercanos, ó con los reyes que acabamos de enumerar, yacían 25 Infantes de Aragón, hijos ó nietos de los mismos, cuyos hechos, salvo los de Don Enrique, hermano de Alfonso V, son poco mencionados por la historia.

Dentro del panteón de la casa de Cardona estaban colocados la Reina Doña María y su esposo Don Martín *el Humano*, que, después de un venturoso reinado, murió sin sucesión. Reposaban en el mismo sitio Doña Beatriz de Aragón, Reina de Hungría, nieta de Alfonso V é hija de Don Fernando de Nápoles; Don Pedro, *Duque de Notho*, hermano del mencionado Don Alfonso, que murió, estando con éste, en el sitio de Nápoles;

Don Alfonso de Aragón, hijo bastardo de Don Juan II y uno de sus más valientes capitanes; el Príncipe de Viana y Don Juan de Aragón.

En el mismo panteón yacían 33 cadáveres de la ilustre casa de Cardona y de Segorbe, cuna la más fecunda de héroes é incesantes protectores de este célebre monasterio, cuyas hazañas sería largo enumerar. Entre ellos se hacía notar por su magnífico sepulcro Don Ramón Folch, *Vizconde de Cardona*, que antiguamente estaba enterrado en el suelo y fué colocado después en el sepulcro mencionado por su noble descendiente el Excmo Sr. Don Luis Ramón de Cardona (1).

Por fin, en los claustros y en las capillas gozaban del eterno sueño muchos Prelados, el Conde de Urgel, los Vizcondes de Ager, los Barones de Cataluña y caballeros de las más ilustres familias del Principado.

He aquí, excelentísimo señor, el tesoro que la historia tenía depositado en Poblet. Bajo sus bóvedas estaban guarecidos los

---

1) Este sepulcro contenía la inscripción siguiente:

D. O. M.

Inclitos inter vivos, maximo D. D. Raymundo Folch XVII Cardonae Vicecomiti: inter magni nominis Imperatores dexterrimo: inter gigantes virtutis Milones, Alcidi: inter maturae mentis Catones, Numae inter aetatis suae Dinastas, Heroi antonomastice proclamato: Alfonsi Principis pro Patre Regni Gubernatoris, Coadjutori destinato: Petri Aragoniae Regis cum Sicnlo Carolo in duellum venturi, electo Propugnatori: Gerundae contra Pontificis, Galliaeque Regis insultus, defensori invicto: ejusdemque ab hosticum dominatu, Vindici fortunato. Huic in belli alea, Marti: in pasis otio, Mercurio: in templis, pietatis Antesignano: in componendis inter Reges suos discordis amicitiis, Confaederatori: in pacis esseram non semel Oppignorato: in expeditione Murcica, expugnationis Auctori Huic Cardoniorum Propagatori, in gratitudinis et honoris obsequium postera ejus propago nobilissima hoc bustum struit excellentissimu Dux D. D. Ludovicus de Aragon, Folch, et Cardona (olim Fernandez de Cordova) Dux de Cardona et de Segorve: Marchio de Comares et de Pallars: Comes de Ampurias et de Prares: Vicecome de Villamur: eques aurei velleris: cui Ordini nomen daturi Caroli secundi Hispaniarum Regis torquem aureum propria manu collo admovit, tantis cineribus debatum. Anno M.DC.LXIX.

D. C. S.

que dieron asunto para las más brillantes páginas de la de Aragón, y que, ya con la espada, ya con la política, elevaron los reinos que la Providencia les encomendara al más alto grado de esplendor. Mas ahora, el asilo á que se habían refugiado contra los tiempos desapareció; el templo que edificaron es sólo un montón de escombros; sus sepulturas están destrozadas, y sus mismos huesos, esparcidos acá y acullá, hacen inútiles los esfuerzos del investigador afanoso.

Nada quedó en pie, ni la casa de Dios ni el asilo de los héroes. Aquél recibió el primer insulto; éstos fueron el juguete de la barbarie; á aquél le profanaron el templo y le asesinaron sus ministros; á éstos les abrieron las tumbas, les despojaron de sus joyas, armas y vestidos, y atándoles una cuerda en la garganta, fueron llevados arrastrados hasta los pueblos cercanos, entre los más atroces aullidos y escandalosas risotadas.

Un solo cadáver se salvó de tan inaudita invasión. Éste, que se dice ser de Don Jaime *el Conquistador*, y al cual convienen algunas de las señas que del mismo nos dejó la crónica, está depositado en una de las capillas de la Catedral de Tarragona, sin que la más leve inscripción llame la curiosidad de la gente, que muchas veces mira el ataúd sin saber lo que contiene.

Yo participo á V. E. este hecho para que, si lo juzga conveniente, interponga con el Gobierno de S. M. su poderoso influjo y el nombre de esa ilustre Academia para que dicho regio cadáver sea sacado del abandono en que está, y bien sea en Tarragona, diócesis en que quiso ser enterrado, ó bien en Barcelona, que tanto amó y tanto contribuyó á la adquisición del renombre con que se le conoce, sea sepultado con el decoro que requiere su alta dignidad, las hazañas que llevó á cabo y el aprecio que profesan á su memoria todos los hombres ilustrados de nuestra patria.

Madrid, 20 de Febrero de 1850.

Juan Codina.

N. B. El Boletín dió cuenta de la muerte de su Correspondiente don Juan Codina, ocurrida en Barcelona el 11 de Octubre de 1895. (Tomo xxv página 510.)